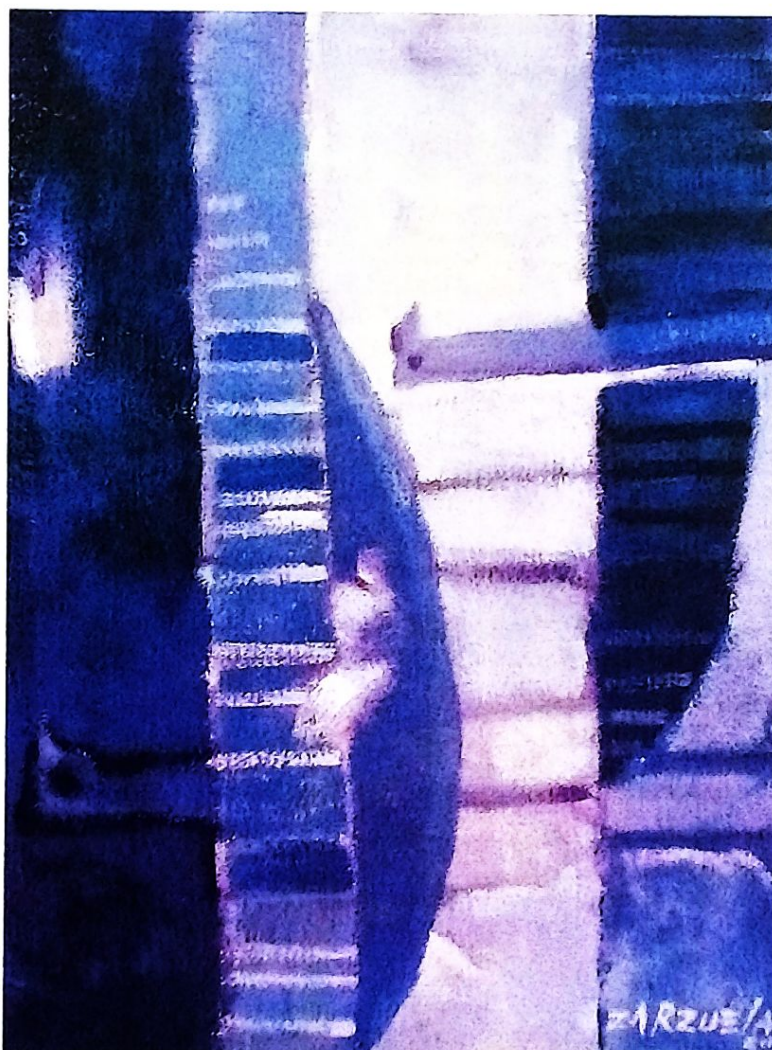




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Arthur C. Danto • Benjamín Chávez • Tambor Vargas • Adela Zamudio • Harald Salfellner
Mariano Ramallo • José Víctor Zaconeta • Charles Bukowski

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XX n° 506 Oruro, domingo 14 de octubre de 2012

FUNDACION

ZOFRO
CULTURAL



Cándores. Óleo sobre tela 30x50
Erasmo Zarzuela

Arte

Las grandes obras de arte son aquellas que expresan los más profundos pensamientos, y tratarlas como meros objetos estéticos es ignorar aquello que hace que el arte sea tan central para las necesidades del espíritu humano.

El fin del arte significa un pluralismo radical, que no permite la existencia de una sola dirección posible. No existe esa dirección. Todo es posible. Y eso permite desarrollar un tipo de crítica que toma y analiza cada cosa a medida que surge.

¡Qué maravilloso sería creer que el mundo plural del arte del presente histórico sea un precursor de los hechos políticos que vendrán!

Arthur C. Danto. Michigan - EE UU, 1924. Filósofo y crítico de arte.



El murmullo de la selva

Si una noche de invierno un viajero —en ese extremo pandino, tripartito punto de tanta significación cartográfica, pero apenas un minúsculo caserío en tierra llamado Bolpebra—, prestara atención al imposible silencio de la selva, escucharía el murmullo multi milenario y poderoso de los elementos naturales. Arrullo perpetuo de significados ocultos que a veces revela parte de su misterio por vehículo de la literatura.

Así como las bibliotecas suelen emparentarse con los cementerios (vivo en conversación con los difuntos, Quevedo dixit), todo viaje puede guardar una relación de reflejo simbólico con la escritura pues, tal como dijo Umberto Eco: en determinado momento uno no sabe si viaja para escribir o escribe para viajar.

De los apuntes que iba tomando en la mesa de algún acogedor pahuichi, en el vientre de una canoa o a la sombra de algún tajibo, mientras transcurría mi viaje por las selvas pandinas, pude pasar a la lectura de esa misma selva en el papel impreso, pues, por uno de esos azares concurrentes, tan caros al gran poeta cubano José Lezama Lima, me fue dado conocer la obra poética del poeta más destacado de Pando. Me refiero a Ramón Campos Tibi, cuyos versos me salieron al encuentro en ese viaje, de la mano del Riberaleño Pedro Shimose, quien acababa de publicar la antología *Poetas del oriente boliviano*.

En dicho libro, publicado por el Fondo Editorial del Gobierno Municipal Autónomo de Santa Cruz de la Sierra, el antologador nos informa que Ramón Campos Tibi nació en Cobja el 16 de noviembre de 1956. Posee una vasta obra poética parcialmente publicada en periódicos y un par de libros: *Después de la distancia* (1993) y *Segunda elegía* (1995) y es miembro fundador de la Sociedad de Escritores de Pando y de la Sociedad Geográfica de Pando.

A partir de la lectura de sus poemas, con qué renovada luz asistir a los amaneceres tropicales, con qué aire limpio respirar los renovados aromas, con qué frescor en la mirada percibir el vuelo de las aves y vislumbrar la savia profunda del habitante de la tierra caliente, la faena del siriguero, la vieja estirpe amazónica personificada en nombres legendarios como los de su abuelo Arlindo Paruma y, una vez más, recorro agradecido, a la antología de Shimose para volver a escuchar esa voz nacida en lo profundo del bosque surcado por sempiterna sangre fluvial.

Un poema de Ramón Campos Tibi:

Las tres voces de Arlindo Paruma
(fragmento)

Del Padre

Mirá hijo, si la vida lo tiene todo,
el hombre sólo tiene que vivirla.
Y si no sabe vivirla, es como un tronco seco.
¿No mirás, acaso, cómo vive la selva?
¿No mirás, acaso, cómo baila?

Pero ya soy como un gajo seco
que habla con la ayuda del viento

Soy como un tronco seco
botado en este pueblo.

Soy como un chaco recién quemado,
sin fuerza de la vida;
como una ramita que se cae,
como toda cosa que ya no tiene voz,
como un pueblo callado
a la espera de la voz del viento.

Benjamín Chávez



el duende
 director: luis urquieta m.
 consejo editor: benjamín chávez c.
 erasmo zarzuela c.
 coordinación: julia garcía o.
 diseño: david illanes
 casilla 448 telfs. 5276816-5288500
 elduende@zofro.com
 lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Desde mi rincón

La lengua, siempre cautivadora

TAMBOR VARGAS

No puedo ni debo ocultar que desde hace mucho tiempo soy cautivo voluntario de la búsqueda de alguna luz en lo que podemos llamar 'misterios de la lengua (el lenguaje)'; no precisamente con la intensidad y profundidad que se espera de la dedicación profesional. Y aquí quisiera dejar un leve eco de esta antigua adicción (si es lícito recurrir a este término para lo que procede de un uso de la libertad) a través de unas leves glosas a algunos títulos que, gracias a los autores o a los editores, han llegado a mis manos.

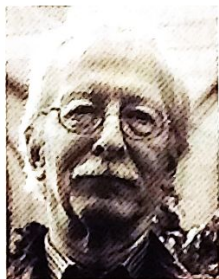
En primer lugar me referiré a dos obras de Jesús Tusón Valls, de origen valenciano y actualmente profesor jubilado de Lingüística de la Universidad de Barcelona, donde ha ejercido la enseñanza y la investigación por más de cuatro décadas; y parece que puede catalogarse como un investigador y un maestro feliz. En efecto, a juzgar por algunos datos, su éxito editorial resulta inusitado; he aquí unos pocos ejemplos: de su obra *Mal de llengües* se han hecho —por el momento— hasta 32 ediciones; *Una imatge no val més que mil paraules* lleva 16 ediciones; y *El luxe del llenguatge* va ya por las catorce. No dispongo de ninguna de esas obras, pero si me tuviera que formar una idea de ellas en base a las dos que conozco, tendría que reconocer que aquellos éxitos no me sorprenden. No sólo no me sorprenden los éxitos editoriales, sino que cabe imaginar en Tusón Valls un éxito no menor en el aula (donde probablemente han tenido su primer laboratorio de prueba y sus primeras formulaciones).

Tengo ante mí sus *Quinze lliçons sobre el llenguatge (i algunes sortides de to)* (Badalona, Ara Llibres, 2011, 200 p.) y su *Això és (i no és) Allò* (Badalona, Ara Llibres, 2008, 104 p.), que pueden considerarse dos de sus más recientes producciones.

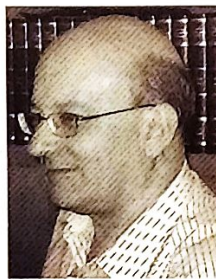
El primero, como ya su título permite adivinar, puede considerarse un manual general de lingüística; pero cuyo contenido viene determinado por la soberana experiencia de quien ha dejado su vida en la enseñanza. Esto le permite seleccionar los aspectos y cuestiones que, no sólo sabe más atrayentes para el lector, sino que también resultan más esenciales para transmitir esa ciencia del lenguaje; y además, dándole el tratamiento aprendido a lo largo de tan larga experiencia: recurso permanente a las paradojas, selección del arsenal argumentativo y ejemplificador; pero todo dentro de un solidísimo conocimiento de la materia (fruto asimismo de tan experta docencia); también la selección del material de base (en este caso, la lengua hablada o escrita), que con frecuencia sabe ayudarse lo mismo de ilustraciones que de textos, materia prima de la reflexión teórica que necesite en cada momento.

El segundo libro, en cambio, se concentra en un solo 'capítulo' del lenguaje: la metáfora; pero enfocada y analizada desde cualquiera de sus pliegues; y con un abundante recurso a la paradoja (como puede apreciarse ya desde el título dado a la obra). Y acaso no sea casual la selección del lenguaje o recurso metafórico porque a Tusón Valls le permite diseccionar una de las propiedades más esenciales del lenguaje humano: la capacidad por caminar entre dos sentidos (el literal y el real), donde el sentido 'real' sólo es perceptible a quien tenga un ojo atento a cada contexto en que se produce el 'acto de lenguaje'.

Otros dos libros nos conectan con otro profesor de Lingüística, pero esta vez de la Universidad Complutense de Madrid: Juan Carlos Moreno Cabrera. Concretamente, a *De Babel a Pentecostés. Manifiesto plurilingüista* (Barcelona, Horsori Editorial, 2006, 101 p.); y a *El nacionalismo lingüístico. Una ideología destructiva* (Barcelona, Ediciones Península, 2008, 223 p.).



Jesús Tusón Valls



Juan Carlos Moreno Cabrera

No voy a entrar individualmente en cada una de las dos publicaciones porque ambas se mueven en un campo ideológico común y que ya queda expresado suficientemente en el título de la segunda. A saber, Moreno Cabrera tiene declarada la guerra tanto al 'nacionalismo lingüístico' como al 'monolingüismo' (antípoda del plurilingüismo aludido en el subtítulo de la primera). Ambos fenómenos, aunque históricamente relacionados, no coinciden totalmente, por lo que Moreno Cabrera les dedica sendos panfletos; pero en uno y otro pone de manifiesto una estrategia común: para socavar sus presupuestos y sus objetivos saca a relucir sus inacabables manipulaciones de la realidad (por ejemplo, al cuantificar los hablantes de las 'grandes lenguas mundiales'). Otro de sus grandes recursos dialécticos contra la obsesión monolingüística es analizar y presentar como corrientes las capacidades plurilingüísticas humanas (de ahí la antítesis entre 'Babel' y 'Pentecostés').

No puedo dedicarle el espacio que merecerían ambas obras (igual que las de Tusón Valls); pero no quiero dejar de señalar algunas breves consideraciones:

1) ha de producir automática simpatía el hecho singular de encontrar a un español que saca los trapos sucios de la colonización lingüística (la ha de producir por su notable rareza y por la valentía que supone enfrentar uno de los grandes dogmas de la tribu);

2) me parece indiscutible la fuerza de muchas de sus argumentaciones y de muchos de los materiales aducidos; otras, en cambio, plantean algunos problemas o por lo que dicen o por lo que callan o por dejar en la penumbra algunos hechos de bulto;

3) por ejemplo la diferencia entre nacionalismos invasores y defensores, diferencia imprescindible para poder describir situaciones opuestas; otro espejismo (en el que también parece caer Tusón Valls) es el de afirmar que porque, en teoría, todas las lenguas pueden llegar a tener un mismo desarrollo y una misma capacidad discursiva, en la práctica esto sea realidad ya nomás; equivale a olvidar que las lenguas no suelen ser 'sistemas perfectos', pues su realidad es producto también de su historia;

4) el lector saca a veces la impresión de que Moreno basa su crítica de las inicuas realidades en un limpio 'anarquismo' que, para librarse de las 'suciedades' de los procesos históricos impulsados por los estados y presentarse con unas manos limpias, no tiene otra alternativa que lanzarse en manos de la más neta utopía;

5) a fin de cuentas, proponer la sustitución de los imperalismos lingüísticos por una mayor democracia lingüística (aunque fuera modesta), puede sonar a sensato, a condición de no caer en el juego de las cajas chinas; en concreto, me refiero a la similitud de procesos y de actitudes simultáneos entre lo que uno sufre del de arriba y lo que impone al de abajo; y la alternativa 'plurilingüista' también topa con su propio techo: el de su viabilidad práctica (es decir, la relación entre esfuerzo y rédito).

He de acabar con un librito de origen gallego y dedicado a la situación sociolingüística de esta lengua. Me refiero al de Xosé Manuel Sarille, *A impostura e a desorientación na normalización lingüística* (Santiago de Compostela, Candela Editora, 2007, 123 p.).

En él podríamos verificar y poner a prueba, en concreto, algunas de las propuestas de Moreno Cabrera: las distancias entre lo idealmente deseable (o 'justo') y lo que, de hecho, una sociedad está dispuesta a hacer para lograr unos determinados objetivos (en este caso, la 'normalización' lingüística de su lengua); más exactamente, ¿qué sucede cuando, en una comunidad lingüística, no todos persiguen unos mismos objetivos de normalización lingüística? La tesis del autor ya queda suficientemente diáfana en el título de su ensayo. Y si lo tradujéramos a una perspectiva histórica, podríamos decir: el gallego no ha llegado muy lejos en su 'normalización' porque en aquella sociedad no existió la unitaria decisión imprescindible para que ya la palabrita ('normalización') tuviera una sola comprensión y, por tanto, se propusiera una meta única y unánimemente perseguida. Y quien habla de 'unanimidad', puede entenderse igualmente como 'hegemonía'.

Como esto no existió, tampoco pudo alcanzarse lo que deseaba y buscaba la minoría más radical y coherente; tanto menos lo pudo alcanzar cuanto que el poder político salido de las urnas no asumió su programa (el de la minoría radical); y quien dice 'de las urnas', también puede decir 'del franquismo' y de una antiquísima españolización vigente. Digámoslo de otra forma: a falta de un nacionalismo político hegemónico, tampoco cabía esperar que la lengua alcanzara un grado de normalización digno del término como lengua del país, fruto de una hegemonía social y política. Y así, no sólo se hizo patente la división de proyectos políticos subyacentes entre los gallegos, sino que durante décadas los regionalistas han gobernado la 'autonomía' distribuida y atribuida por el estado español; si ha sido así, ¿a quién podría sorprender que haya prevalecido también el regionalismo lingüístico; o que éste se haya negado a embarcarse en el 'reintegracionismo' lusogallego?

Después de esta gran batalla perdida por los nacionalistas, queda, sin embargo, pendiente la verdadera guerra: núcleos activos, calificados y de prestigio siguen enarbolando la bandera de su verdadero 'hogar' (el de la lusofonía, con el gigante brasileño y un 'mercado' próximo a los 200 millones). Y así, no puede dejar de llamar la atención que una de las más sobresalientes expresiones de esa minoría nacionalista sea una desafiante *Academia Galega da Língua Portuguesa*, de reciente fundación (2008), por el momento absolutamente incompatible con la vieja *Academia Galega*.

La lengua como fenómeno humano; la lengua, como objeto de investigación y de reflexión; la lengua como campo de batalla entre proyectos avasalladores y proyectos insumisos; la lengua, como permanente ocupación e interés del hombre. La muestra bibliográfica revisada nos ofrece esa misma variedad de enfoques y perspectivas. Con una última reflexión: ¿no sería deseable que los debates locales que los proyectos reivindicacionistas (teóricamente consagrados en las leyes) van encendiendo entre sus defensores a sueldo y sus denigradores atávicos, también echaran un vistazo a los más o menos vecinos? Me atrevería a anticipar un rendimiento garantizado.



Cartas de Adela Zamudio

Dos misivas de la poeta y maestra Paz Juana Plácida Adela Rafaela Zamudio Ribero (Cochabamba, 1854-1928) al historiador Alcides Arguedas, en las que muestra las difíciles circunstancias que tuvo que superar para la publicación de su obra

Cochabamba, 6 de septiembre de 1913

Señor

Alcides Arguedas

París

Distinguido señor y amigo:

Un contratiempo excepcional, pues no tengo noticia de que a alguna otra persona le haya ocurrido, me pone en el caso de recurrir a su bondad, pidiéndole un gran favor que Ud. y nadie más puede hacerme: D. Rosendo Villalobos contrató, por cartas, con la casa Ollendorf de París, la edición de un libro mío. Mi colección de poesías, libro que fue aceptado por cuenta de dicha casa, con plazo indefinido por desgracia. Creo que fue Ud. quien nos hizo el favor de entregar el libro, o lo menos, de intervenir en su entrega, porque recuerdo lo que, al respecto, decía Ud. a don Rosendo, en una carta que este señor me envió incluso desde La Paz. Después de explicarle la situación de esa casa editora, que había resuelto no recibir más libros por tener un cúmulo de ellos por hacer, y además, por influencias de alguna asociación a la cual perjudicaba la popularidad creciente de los libros americanos, añadía Ud. que el mío había sido el último en ser aceptado, a pesar de que el verso, según el gusto moderno, era apreciado en mucho menos que la prosa. De esto hace poco más o menos tres años. No obteniendo resultado ni siquiera noticias, del libro, en tanto tiempo, y habiendo cambiado la situación, puesto que la concesión, por el Gobierno, de una suma destinada a la publicación de mis trabajos me da la posibilidad de costear el libro, encargué, hace algunos meses, a D. Jaime Mendoza, que, apoyándose en la valiosa cooperación de Ud. recogiera el libro y lo entregara a otra casa editora, o bien a la misma, bajo mejores condiciones: pagando la edición pero con plazo definido y aceptable. ¿Por qué entonces, conociendo, como conocía, la amistad de Ud. con el señor Gibbes, director de la casa Ollendorf, no dirigí la súplica a Ud. mismo? No me lo explico.

Acabo de recibir carta del señor Mendoza que, con fecha 25 de julio, de paso en París, promete ocuparse de mi asunto a su regreso de Berlín. Tengo el convencimiento de que en esa imprenta se han olvidado de mi libro, porque, a un encargado mío, D. Joaquín Aguirre, hace poco, le aseguraron que ni aun conocía mi nombre. No creo que el señor Mendoza por mucho que se empeñe, logre nada sin la influencia de Ud. y le ruego encarecidamente le preste su cooperación hasta recoger los originales y contratar la edición bajo mejores auspicios y sobre todo señalando plazo. Ud. sabe cuánto trabajo ocasiona la preparación esmerada de originales, mayormente si son en verso. Más de un año tardé en reunir mis composiciones dispersas y no he dejado copia de todas pues nunca sospeché lo que iba a suceder. Escribiré a D. Jaime que, lo primero que haga en este asunto, sea buscar a Ud. e implorar su ayuda.

Espero contestación en la que me indique Ud. la suma que me costaría la edición y los medios de enviarla.

Confíando en que no se negará a hacerme este favor, soy su atenta servidora y amiga agradecida

Adela Zamudio

Cochabamba, 14 de febrero de 1916

Señor

Alcides Arguedas

La Paz

Distinguido amigo:

Ayer domingo, me levantaba de cama pensando en que tenía, ¡por fin! Un día libre para ocuparme de enviarle el paquete ofrecido, cuando me entregaron su carta.

Hoy va mi libro con su título. No sabía que un editor tenía el poder de cambiar un título sin permiso del autor. Ya en La Paz creo que Villalobos, le cambió palabras y aun versos.

Como empecé a publicar mis producciones a los 16 años, al hacer esta colección tuve que desechar el gran fárrago de mis primeros ensayos: selección y todo, notará Ud. inmensa distancia de ideas y de forma, entre las primeras composiciones del libro y las últimas. Es la inmensa distancia de años que media entre unas y otras.

Doy mucha más importancia a mis cuentos y novelas cortas, cuya colección numerosa publicaré en cuanto pase la crisis. Hoy no hay absolutamente papel en esta plaza. Creo que entre ellos, los mejores son *Noche de fiesta* y *La reunión de ayer*. Tengo también en preparación dos libros de lectura escolar.

En cuanto a mi biografía, puede reducirse a tres renglones: Nací en Cochabamba, creo que el 55 o 56. No tengo mi fe de edad. He pasado mi juventud a la cabecera de una madre enferma y mi edad madura como mi vejez, luchando penosamente por la vida.

Casi al mismo tiempo que mis padres, murieron tres hermanos míos jóvenes. Uno de ellos, tomó parte en la primera expedición militar que marchó al Acre, y sucumbió allí víctima de los rigores del clima. Más tarde perdí una hermana, único resto de mi familia, y hoy vivo con mis tres sobrinos que son consuelo de mis últimos años.

Mi madre, doña Modesta Ribero de Zamudio, fue paceña. Nieta de portugués por línea paterna y de francés por línea materna.

Mi padre, don Adolfo Zamudio nació en Lima, de madre ecuatoriana y padre argentino. Mi abuelo don Máximo Zamudio figura en la lista de los próceres de la independencia argentina. Militó a las órdenes de Días Vélez.

Saludo afectuosamente a su esposa y me repito su atenta amiga.

Adela Zamudio.



Adela Zamudio



Alcides Arguedas

Tomado de "La Verdadera Adela Zamudio"
de Gabriela Taborga de Villarreal

Franz Kafka



Las cortesanas

Václavské nám stí 19, Nové M sto

Después de doctorarse, Kafka primero pasó las vacaciones en el campo, en casa de su tío preferido Siegfried Löwy, en Triesch. No tenía un puesto de trabajo a la vista, porque sus notas finales no eran de las mejores, de forma que la familia tuvo que hacer valer sus influencias. Finalmente, parece ser que el apoderado del Union-Bank de Praga, Arnold Weissberger, ayudó a Kafka. Su hijo era el director de la oficina de la Assicurazioni Generali en Madrid y podía fácilmente conseguir un puesto para Kafka en la sucursal en Praga de esta empresa mundial. Pero tal vez fuera Max Brod a quien debería agradecer ese puesto, ya que Brod era un gran amigo del director de la Generali en Praga, Ernst Eisner, pariente del germanista y escritor de Praga Paul Eisner, persona muy culta y dada a las artes.

El 1 de octubre de 1907 Kafka comenzó a trabajar en la Generali, que tenía su sede representativa en un palacete neobarroco de la plaza de Venceslao, construido en 1896. Escribió sobre sus esperanzas a la muchacha judía Hedwig Weiler, de quien se había enamorado en Triesch: *Ahora en la oficina. Estoy en la Assicurazioni-Generali, y tengo la esperanza de estar algún día en países lejanos y ver desde las ventanas de mi oficina campos de caña de azúcar o cementerios islámicos. Además los seguros me interesan mucho, pero el trabajo que tengo ahora es triste. Sin embargo, a veces es bonito soltar la pluma y quizás imaginarse que pongo una sobre otra tus manos y saber entonces que no las vas a soltar, aunque a uno le desatornillan la mano de la muñeca.*

Naturalmente, solo pasaron unas pocas semanas hasta que Kafka comenzó a buscar un nuevo empleo. Su jefe, el Director Ernst Eisner, interesado en la literatura, lo trataba con benevolencia. Pero para Kafka, el horario de trabajo en la Generali era demasiado largo, y su idea de los lejanos países y la vista a cementerios islámicos o cosas parecidas resultó ser una quimera. Franz Kafka trabajaba como auxiliar, desde las ocho de la mañana hasta muchas veces las ocho y media de la tarde, con solo siete días de vacaciones al año y un sueldo mensual de ochenta coronas. Había mucha actividad, lo cual exigía una dedicación completa.

Por las noches, Kafka intentaba compensar todo el hastío y desesperación de la jornada de trabajo, como animal salvaje, con todo tipo de entretenimientos y distracciones. Súbitamente se vio entre un montón de gente, iba al cine, a las operetas y al cabaret, y frecuentaba tabernas, varietés y locales nocturnos. En ese mundo variopinto naturalmente también estaban las camareras, cortesanas y ramerías: (...) pero, por otra parte, necesito tanto buscar a alguien que solo me toque tiernamente que ayer estuve en el hotel con una prostituta. Es demasiado vieja para ser todavía melancólica, pero le da pena, aunque no le sorprende, que uno no sea tan amable con una prostituta como con una querida. No la consolé porque ella tampoco me consoló. Incluso hay una fotografía de una de sus conocidas de taberna, a la que Brod comparó con la Germania de los sellos de correos del Reich. La chica se llamaba Hansi Julie Szokoll, y Kafka señaló que ya se la habían montado regimientos enteros de caballería.

En los años de la preguerra reinaba en Praga una atmósfera sofocante, lasciva y decadente que escritores como Paul Leppin absorbían ávidamente y que difundían en relatos y novelas eróticas y dulces a un público de lectores agradecido. Cientos de prostitutas callejeras atraían a sus posibles clientes, e innumerables meretrices disimuladas cuidaban del bienestar corporal del



mundo masculino de Praga. A esto se añadían los établissements y salones como el Suha, Eldorado o London, conocidos en toda la ciudad, donde había café y señoras escasamente vestidas que han entrado en la literatura. El más famoso de estos establecimientos era el Salón Goldschmidt Go-Go, al que más tarde Franz Werfel inmortalizará en su novela *La casa del Luto*.

Kafka quería trabajar en Sudamérica

Masná 8, Staré M sto

La Academia de Comercio Alemana, una escuela muy reputada en los círculos económicos de Praga, fue fundada en 1856 como primera institución de enseñanza superior de comercio en el territorio del Imperio. En el edificio de dos plantas de la Calle del Mercado de la Carne estaba desde la segunda mitad del siglo XVIII la llamada Redoute, una sala de conciertos y de baile, en la que en 1813 había dado conciertos nada menos que Carl Maria von Weber. Las aulas estaban en las plantas primera y segunda de este edificio de estilo clasicista.

La Academia de Comercio, en la segunda mitad del siglo XIX, era parte de las propiedades de los alemanes de Praga, lo que provocó que fuera devastada durante la Tormenta de diciembre de 1897: *Por todos los alrededores se forzaron y saquearon tiendas y viviendas de alemanes y judíos. Cuando surgieron grupos de alborotadores también delante de nuestra casa, la Zum schwarzen Lamm (Casa del Cordero Negro) que gritaban: ¡Alemanes! ¡Judíos!-. Nuestra doncella, que era checa, abrió la ventana de la cocina y les gritó: ¡Aquí no viven alemanes, pero allá está la Academia de Comercio Alemana!-. Una hora más tarde, aparecían destruidos en la calle los muebles, objetos y cuadros de la Academia de Comercio Alemana, pero a nuestra casa no le pasó nada, ni siquiera se rompieron los cristales de las ventanas.*

Del 3 de febrero al 20 de mayo de 1908, Kafka asistió a un curso de seguros laborales para bachilleres en la Academia de Comercio Alemana de Praga. Entre las materias estaba *La evolución del seguro de los trabajadores en los Estados de Europa y en Austria*, impartida por el Dr. Marschner, el futuro jefe de Kafka. Kafka escuchó a su futuro jefe Eugen Pfohl hablar de la *Agenda de ingresos del seguro de accidentes (obligación del seguro, inclusión de las empresas, prestaciones de contribución y*

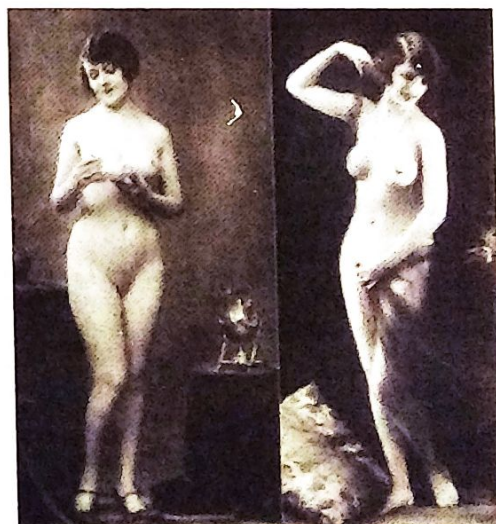
control) así como de estadísticas. El Dr. Fleischmann, quien más tarde sería compañero de trabajo de Kafka, trataba del tema *El derecho especial del seguro de enfermedad (obligación del seguro, organización y tratamiento detallado de la tesorería)*. Por último, Kafka también escuchó sobre los *conceptos básicos de la contabilidad del seguro de enfermedad y accidentes*.

Con estos conocimientos especiales adquiridos, Kafka esperaba reforzar adecuadamente su candidatura a un puesto en la *Aseguradora de Accidentes de Trabajadores de Praga*.

Toda una serie de notables escritores de Praga ocuparon los bancos de esta institución, por ejemplo el futuro autor del *Golem*, Gustav Meyrink, o el desgraciado poeta expresionista Karl Brand, enfermo como Kafka de tuberculosis pulmonar, cuya obra *La retrometamorfosis de Gregor Samsa* fue publicada en el *Prager Tagblatt* en 1916. El escritor germanobohemio Friedrich Adler, encargado del curso de filología románica de la Universidad Alemana de Praga, en la Academia de Comercio Alemana también enseñaba español, lengua que interesaba a Kafka porque sabía que en Madrid tenía un tío: *Mi tío tendría que conseguirnos un puesto en España, o nos iríamos a Sudamérica, a las Azores o a Madeira.*

Harald Salfellner

Tomado de "Franz Kafka y Praga"





os poetas orureños

Mariano Ramallo. Oruro 1817-1876. Poeta, periodista y abogado. Premio Nacional de Poesía (1846). Traductor de Víctor Hugo y Lamartine. Su producción se halla dispersa en periódicos y revistas de la época. Forma parte de las antologías *América poética* (1846 y 1850) compilada por el poeta argentino Juan María Gutiérrez y *Parnaso boliviano* (Valparaíso, 1869) de Domingo Cortés. La humanidad y el amor son temas recurrentes en sus versos.

José Víctor Zaconeta. Oruro. 1885-1945. Poeta, ensayista e investigador del folclore regional. Ha publicado *Poemas* (1894); *Entre el polvo del camino* y *Odas y poemas* (1925). Poesía romántica, clásica, utiliza el romance para desarrollar temas de tradición.

Inspiración

En un árido desierto,
bajo un cielo nebuloso,
del huracán proceloso
combatido sin cesar;
al pie de incultas montañas
celebradas por sus minas,
alienta entre sus viejas ruinas
el pueblo do está mi hogar.

Parece que el cielo quiso
condenar en él mi vida,
y que fuese la guarida
de mi seco corazón:
y que encerrado pasara
en un helado sosiego,
un alma llena de fuego
y sedienta de ilusión.

A la inacción condenado
arrastró mi vida triste,
sin gozar de cuanto existe
y cuanto alienta el amor:
solo ven los ojos míos
una llanura desierta,
la naturaleza muerta
sin hechizo y sin verdor.

Jamás escucho el susurro
del céfiro entre las hojas,
ni la angustia y las congojas
llegan a mi soledad
de la tórtola amorosa,
que en acento lastimero
llorando a su compañero,
se queja de su orfandad.
Jamás, ni por un momento
toca mi marchita frente
el embalsamado ambiente
que fecunda la flor:
ni jamás a mi alma llega
alegrándome el oído,
el suave y manso ruido murmurador.

No he visto nada del mundo,
y parece que su nada
por do quiera derramada
mis ojos contemplaran:
pues sólo escucho del búho
el monótono gemido,
las quejas del afligido
y la voz del huracán.

El alma no ha gozado todavía
el inmenso espectáculo del mar;
ni ha sentido aun rodar bravía
en su seno la ronca tempestad.

No he visto los flotantes fortalezas
que dominando el elemento audaz,
conducen en su seno las riquezas
siempre con vivo infatigable afán.

No he visto en esos techos de topacio
a la luna, en flotante aparición,
meceverse vacilante en el espacio
derramando en el mar su resplandor.

Ni en su terso cristal como centellas
retratadas rielar en confusión,
ese espléndido polvo de estrellas
que levantan los pasos de Dios.

Nada sublime a mis ojos
mostró aun naturaleza,
sólo miro su tristeza
su aridez y sus abrojos.

Misera, pálida, inerte,
como olvidada del cielo,
es el palacio del hielo
y el dominio de la muerte.
En las nieves del invierno
envuelta, como en sudario,
parece que un osario
descansa con sueño eterno.
Dolorosa es para el hombre
la idea, penosa la cierta
de tener tumba desierta
en ella, triste y sin nombre.

Es una soledad muda,
sin un ciprés por abrigo,
y sin que lloro un amigo
contemplándola desnuda.

¡Perdón! No escuches, Dios mío,
mi terrena queja impla,
y la paz al alma mía
devuélvale tu piedad:
esa paz, hija del cielo,
la delicia y el consuelo
de la triste humanidad.

Con ella libre de angustias
alzaré a voz mi memoria,
y publicaré tu gloria
con inspirado fervor;
con ella veré la tierra
menos desolada y triste,
y cuanto a mi lado existe
no me inspirará dolor.
Oír en la voz del desierto
tu omnipotente entereza;
y el himno de tu grandeza
en la ronca tempestad:
y tu poder derramado
en el espacio, en los montes,
y en todos los horizontes
de la inmensa soledad.

Mariano Ramallo

Los Chipayas

(fragmento)

Ostentado el orgullo de su raza
y de su sangre inmaculada y pura
la indomable altivez, de pie, en la puerta
de su achatada casa
menos que casa, miserable choza
perdida en la llanura,
destácase la imagen
de la india esbelta, varonil y hermosa,
que impera allí cual reina de la pampa
¡o del desierto solitaria diosa!
con sus vivaces ojos, amaestrados
a devorar distancias y horizontes,
escudriña el valvén de los ganados
entre quiebras de lejanos montes,
la undosa cabellera al son esparce
con sus brazos fornidos y morenos,
dejando ver por la camisa abierta
la acanalada sombra
de sus turgentes y redondos senos:
todo respira en ella aliento y vida,
la vida de la lucha y las tormentas,
en que el cayado y la ascensión le dieron
la amplitud de sus formas opulentas.

De la distancia a diez leguas en contorno
y aún más allá tal vez de sus confines,
no hay quién ignore que ese erial produjo
aquella flor silvestre
que descollar pudiera en los jardines.

Su nombre trasponiendo las fronteras
del cacicazgo extenso,
entre cantares y sonoras rimas,
heraldos trajo de extranjeras tribus
desde apartados y remotos climas,
los que asombrados de tan real belleza
y del poder de su virtud y encantos,
rendíanle homenaje
en estos u otros parecidos cantos:

¡Oh la doncella de los labios rojos,
de ascuas que abrasan con letal mutismo!
¡La de los grandes y profundos ojos
más negros que el abismo!
¡La del cabello de ébano flotante
que juega con el viento
y cuya voz arrulladora imita
de un coro de aves celestial concanto!
¡La que con pies seguros y ligeros
corriendo por los llanos y las lomas,
lleva anhelantes y en su pecho ocultas
las de sus senos cándidas palomas!
¡La de torneados y robustos brazos
llenos de sangre ardiente,
la del perfil de pensativa diosa,
la de la altiva y soñadora frente!

¡Quién las primicias de su amor pudiera
ganándote, Atalanta, la partida,
venturoso alcanzar, y de ti hiciera
su encantadora huri de otra vida!

¡Por una hermosa flora, la bíblica Eva,
perdió el Paraíso y la inocencia el hombre,
y a una mujer, a la divina Elena,
debió la ruina de su excelso nombre
la infortunada Troya:
fue una mujer, la Reina de Castilla,
que envió a Colón, a descubrir un mundo,
de una ignorada meta a la distancia,
el que, más tarde, redimido fuera
por férrea heroína, Juana de Padilla:
otra sublime Juana, Juana de Arco,
salvó a su patria gloriosa Francia
al noble precio de su propia vida,
alcanzando, a merced de cruel suplicio,
santificada sea y bendecida;
Carlota el hilo de la vida corta
al ruin Marat, el conductor ficticio
de un socialismo falso
y aquella y la Roland, almas de atletas,
que ante la historia absorta
convierten su valor en un incendio,
serenas se dirigen al cadalso!

¿A qué evocar más gráficas memorias,
si el mundo sabe bien que las mujeres
son causa de desastres y de glorias,
de excelsas redenciones y de crímenes
cubiertos de dolores y de placeres?
Sí, ¡indias o blancas! ambas pueden tanto,
y si, al decirlo, en una vil parodia
mi imperdonable atrevimiento raya,
fuerza es que exclama, al expirar mi canto,
que fue Santula, la gentil, Santula
más bella que la flor de jamancaya,
la causa oculta, misteriosa y sola
de la soberbia rebelión chipaya!

José Víctor Zaconeta

La senda del perdedor

fragmento

El quinto curso era algo mejor. Los demás alumnos parecían menos hostiles y yo me iba haciendo físicamente cada vez más grande. Todavía no me elegían para los equipos, pero recibía menos amenazas. David y su violín habían desaparecido. Su familia se había trasladado. Yo volvía a casa solo. A veces me seguían algunos chicos, de los que Juan era el peor, pero no llegaban a hacerme nada. Juan fumaba cigarrillos. Caminaba detrás mío fumando un cigarrillo y siempre llevaba con él un compañero diferente. Nunca me seguía él solo. Me daba miedo, yo deseaba que desapareciera. Por otro lado, me daba igual. No me gustaba Juan. No me gustaba nadie de la escuela. Creo que lo sabían. Por eso me tenían manía. No me gustaba la forma en que caminaban, el aspecto que tenían o cómo hablaban, pero tampoco me gustaban mi padre ni mi madre. Seguía teniendo la sensación de estar rodeado por un espacio vacío. En mi estómago siempre había una ligera náusea. Juan tenía la piel oscura y llevaba una cadena de latón en vez de cinturón. Las chicas le temían, y los chicos también. Él y alguno de sus compañeros me seguían hasta mi casa casi todos los días. Yo entraba en casa y ellos se quedaban fuera. Juan fumando cigarrillo, con aspecto duro, con su amigo aliado. Yo los miraba a través de la cortina. Finalmente, se marchaban.

La señora Fretag era nuestra profesora de inglés. El primer día de clase nos preguntó nuestros nombres.

—Quiero conocerlos a todos —dijo.

Sonrió.

—Ahora, seguro que cada uno de vosotros tiene un padre. Creo que sería interesante que cada uno nos contara en qué trabaja su padre. Empezaremos por el primer asiento y seguiremos por toda la clase. Bueno, Marie, ¿en qué trabaja tu padre?

—Es jardinero.

—¡Ah, eso está muy bien! Asiento número dos...

¿Andrew, en qué trabaja tu padre?

Era terrible. En el vecindario, todos los padres habían perdido su trabajo. Mi padre también había perdido el suyo. El padre de Gene se pasaba el día entero sentado en su porche. Todos los padres estaban sin trabajo excepto el de Chuck, que trabajaba en un matadero. Conducía un coche rojo con el nombre de matadero a los lados.

—Mi padre es bombero —dijo el asiento número dos.

—Ah, muy interesante —dijo la señora Fretag.

Asiento número tres.

—Mi padre es abogado.

—Asiento número cuatro.

—Mi padre es... policía.

¿Qué iba a decir yo? Quizás sólo fueran los padres de mi vecindario los que estaban sin trabajo. Yo había oído algo del crack en el mercado económico. Significaba algo malo. Puede que el crack sólo afectase a nuestro vecindario.

—Asiento número dieciocho.

—Mi padre es actor de cine.

—Diecinueve...

—Mi padre es concertista de violín...

—Veinte.

—Mi padre es conductor de autobús...

—Veintidós...

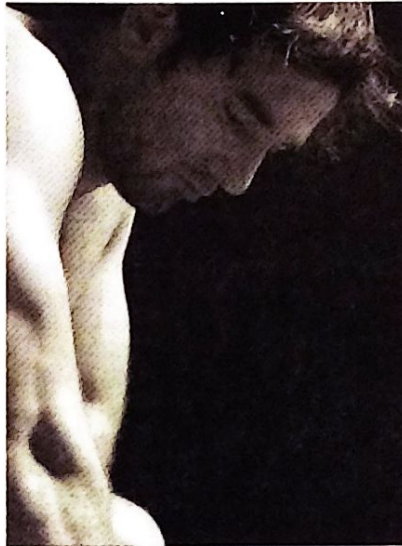
Ése era yo.

—Mi padre es dentista —dijo.

La señora Fretag siguió con todo el resto de la clase hasta llegar al treinta y tres.

—Mi padre no tiene trabajo —dijo el número treinta y tres.

Mierda, pensé, debería haber pensado en eso. Un día la señora Fretag nos puso deberes. —Nuestro distinguido presidente, Herbert Hoover, va a venir a Los Ángeles este sábado para dar un discurso. Quiero que todos vosotros vayáis a oír



al presidente, y quiero que escribáis un ensayo sobre la experiencia y sobre lo que penséis del mensaje del presidente.

¿El sábado? Yo no podía ir. Tenía que segar el césped, cortar todas las hojitas. (Nunca podría cortar todas las hojitas). Casi todos los sábados recibía una paliza con la badana de afilar porque mi padre encontraba una hojita. (También me pegaba a lo largo de la semana, una o dos veces, por cosas que no hacía o que hacía mal) No podía decirle de ninguna forma a mi padre que tenía que ir a ver al presidente Hoover.

Así que no fui. Aquel domingo cogí algo de papel y me senté a escribir sobre cómo había visto al presidente. Su coche abierto, abriéndose paso entre senderos de flores, había entrado en el estadio de fútbol. Un coche lleno de agentes secretos iba delante, y otros dos coches iban justo detrás. Los agentes eran tipos valientes con pistolas para proteger a nuestro presidente. La multitud se levantó al entrar el coche del presidente en la cancha. Nunca había ocurrido algo igual. Era el presidente. Era él. Saludó con la mano. Nosotros le respondimos. Una banda comenzó a tocar. Había gaviotas que volaban en círculo encima nuestro como si supieran también que allí estaba el presidente. Y también había aviones que hacían escritura aérea. Escribían en el cielo cosas como *La prosperidad está a la vuelta de la esquina*. El presidente se puso de pie en el coche, y en ese momento se apartaron las nubes y la luz del sol cayó directamente sobre su cara. Era como si Dios también lo supiese. Entonces los coches se detuvieron y nuestro gran presidente, rodeado de agentes del servicio secreto, subió a la tribuna. Al llegar junto al micrófono, un pájaro descendió del cielo y se posó junto a él. El presidente le hizo un gesto de saludo al pájaro y se rió. Todos nos reímos con él. Entonces empezó a hablar y todo el mundo escuchó. Yo apenas pude oír el discurso porque estaba sentado junto a una máquina de freír palomitas que hacía demasiado ruido, pero me pareció oírle decir que el problema de Manchuria no era grave, y que en casa todo se iba a arreglar, no debíamos preocuparnos, y todo lo que debíamos hacer era creer en América. Habría suficiente trabajo para todo el mundo. Los talleres y las fábricas se abrirían de nuevo. Habría suficientes dentistas con suficientes dientes que extraer, suficientes fuegos y suficientes bomberos para apagarlos. Nuestros amigos en Sudamérica pagarían sus deudas. Pronto podríamos dormir en paz, con nuestros estómagos y nuestros corazones lle-

nos. Dios y nuestra gran nación nos rodearían de amor y nos protegerían del mal, de los socialistas, nos despertarían de la pesadilla, para siempre...

El presidente escuchó los aplausos, saludó, volvió a su coche, subió y se fue seguido de coches llenos de agentes secretos mientras el sol empezaba a caer, la tarde se diluía en el crepúsculo, rojo, dorado y maravilloso. Habíamos visto y oído al presidente Hoover.

Entregué mi ensayo el lunes. El martes, la señora Fretag se dirigió a la clase.

—He leído todos vuestros ensayos sobre la visita de nuestro distinguido presidente a Los Ángeles. Yo estaba allí. Algunos de vosotros, me he dado cuenta, no estuvisteis por una razón u otra. Para aquellos que no estuvisteis, os voy a leer este ensayo de Henry Chinaski.

La clase estaba terriblemente silenciosa. Yo era, de lejos, el alumno más impopular de toda la clase. Era como un cuchillo que atravesara todos sus corazones.

—Es muy creativo —dijo la señora Fretag, y empezó a leer mi ensayo. Las palabras sonaban bien. Todo el mundo escuchaba. Mis palabras llenaban la habitación, de pizarra a pizarra, pegaban en el techo y rebotaban, cubrían los zapatos de la señora Fretag y se amontonaban en el suelo. Algunas de las niñas más guapas de la clase comenzaban a echarme miradas. Todos los tipos duros estaban humillados, sus ensayos no valían un pijo. Yo bebía mis palabras como un hombre sediento. Incluso empecé a creérmelas. Vi a Juan allí sentado como si le hubiera pegado un puñetazo en todos los morros. Estiré las piernas y me eché hacia atrás. Se acabó demasiado pronto.

—Con esta gran redacción —dijo la señora Fretag—, se acaba la clase.

La gente se levantó y comenzó a guardar sus cosas. —Tú no, Henry —dijo la señora Fretag.

Me quedé sentado y ella se quedó allí de pie mirándome.

Entonces dijo:

—Henry, ¿estuviste allí?

Traté de pensar una respuesta. No pude. Dije: —No, no estuve.

Ella sonrió.

—Eso hace que tenga más mérito.

—Sí, señora...

—Puedes irte, Henry.

Me levanté y salí. Empecé a caminar hacia casa.

Así que eso era lo que querían: mentiras. Mentiras maravillosas. Eso era todo lo que necesitaban. La gente era tonta. La cosa iba a ser fácil. Miré detrás mío. Juan y su amigo no me seguían. Las cosas iban cada vez mejor.

**Charles Bukowski. Poeta estadounidense
nacido en Alemania, 1920-1994**

EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Comentario a su obra *El martillo sin dueño*.

Pierre Boulez y el serialismo integral

una de las formas más radicales de la música serial.

En 1952, Pierre Boulez publicó un artículo titulado *Schönberg ha muerto*. Boulez no se refería a su muerte física, que había tenido lugar en 1951, sino a su influencia musical. Con ello quería decir que, a pesar de la invención de la técnica serial, Schönberg había en realidad conservado casi todo lo que definía la música tonal: temas y motivos, con sus desarrollos y repeticiones, formas, ritmos y una neta distinción entre línea melódica y acompañamiento.

La nueva música necesitaba prescindir también de todas esas características, y por ello Boulez proponía como guía musical no a Schönberg, sino a su discípulo Anton Webern, que de hecho se convirtió en el nuevo modelo.

El serialismo integral propugnaba además la sujeción de todos los parámetros del sonido a las leyes de la serie. No solo la línea melódica de alturas, como en Schönberg, sino los valores rítmicos, la dinámica (intensidades), timbres, formas de ataque de las notas...

El martillo sin dueño (1954) fue la primera obra maestra de la nueva música. Escrita para contralto y un grupo de seis instrumentos: flauta, viola, guitarra, xilolimba (una combinación de xilófono y marimba), un vibráfono y un grupo de percusión a cargo del sexto ejecutante, la música revela cierta influencia de las orquestas de gamelán de Indonesia y debe ser escuchada como células de sonido válidas por su propia sonoridad, en muchas ocasiones sorprendente, al margen de melodías o temas inexistentes.

La obra se basa en fragmentos del ciclo de poemas *El martillo sin dueño* de René Char, uno de los poetas de la resistencia francesa que alcanzó fama después de la guerra.

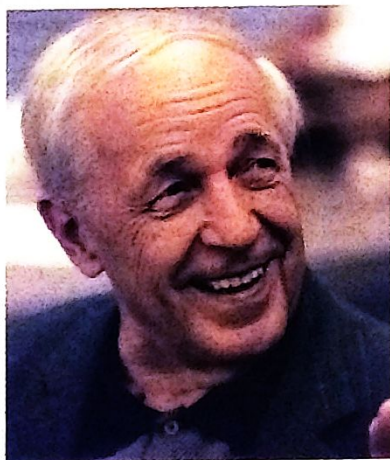
Después de la presentación del primer tema en la flauta, el clarinete repite el tema, mientras la flauta presenta una nueva melodía simultáneamente con la primera. Ambos instrumentos evolucionan ahora contrapuntísticamente sobre un acompañamiento armónico.

L'artisanat furieux

*La roulette rouge au bord du clou
et cadavre dans le panier
et chevaux de labours dans le fer à cheval
je rêve la tête sur la pointe de mon
couteau le Pèrou.*

Los artesanos furiosos

*El camión rojo al lado de la prisión
y un cadáver en la cesta
y caballos de tiro en la herradura
sueño mi cabeza en la punta
de mi cuchillo peruano*



República Dominicana

Bartolomé de las Casas fue el primero en ofrecer la ejecución de una obra musical religiosa en América, al celebrar Misa con la participación de un coro, en la iglesia de la ciudad de La Vega. Este religioso, en su *Historia del las Indias*, escribe: *Los indios de Santo Domingo son muy aficionados al baile, y para marcar el tiempo y el paso, inventan matracas muy hábilmente fabricadas con guijarros dentro, que producen un sonido más bien áspero*. Cristóbal de Llerena, el primer músico americano, fue organista en la Catedral de Santo Domingo hacia 1590. La música española mantuvo influencia predominante en la isla durante siglos, pero con la introducción de los esclavos africanos, las canciones y danzas fueron adquiriendo el acento característico de la música negra. Las principales danzas tradicionales dominicanas son el Merengue, el Punto Cibaeño, el Bolero (similar al cubano), la Barcarola Criolla y los Areftos. Sus precursores son: Juan Bautista, Alfonseca de Barís (1810-1875), el primero que utilizó el folclore nacional en sus obras y es autor del *Himno de la Independencia*. Le sigue su alumno José Reyes (1835-1905). También figuran: Clodomiro Arredondo Miura (1864-1935); Bienvenido Bustamante (1924); José Dolores Cerón (1897); Gabriel del Orbe (1888); Juan Bautista Espínola Reyes (1894-1923); Juan Francisco García (1892); Julio Alberto Hernández (1900); Rafael Ignacio (1897); Manuel de Jesús Lovelace (1871); Enrique de Marchena (1908); Enrique Mejía Arredondo (1901); Luis E. Mena (1895); Julieta Licairac Abreu (1890-1925); Esteban Peña Morel (1894-1939); Ramón Emilio- Peralta (1868-1941); Rafael Petición Guzmán (1894); José de Jesús Ravelo (1876); Luis Rivera (1902); Fernando A. Rueda (1859-1939); Manuel Simó (1916); Augusto Vega (1835); etc. En 1941 se inauguró el Conservatorio Nacional de Música en la capital, y ese mismo año se creó la Orquesta Sinfónica Nacional.

"Diccionario de la Música" de Eric Blom, 1986.

